



VIII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2006

CATEGORÍA ADULTO: Segundo Premio

Relato premiado: *“Lidia”*.

Autor / a: Mercedes Mairal Ordovas. Tarazona (Zaragoza).

LIDIA

Lidia González Marco, nació un 24 de Noviembre de 1955, en un pequeño pueblo en las faldas del Moncayo.

Era una niña muy deseada, pues sus padres se casaron ya mayores y tras cinco años de intentos de tener hijos, por fin nació una niña. ¡Bendita criatura!

Lidia fue creciendo y se convertía en una hermosa muchacha de penetrantes ojos negros, alta, de piel morena, guapa donde las haya.

Sus padres la llevaban entre algodones.

Aún no había cumplido los quince años cuando murió su madre. Manuela llevaba tiempo quejándose de dolores que le parecían de parto y el médico del pueblo no supo encontrar la razón de su mal y cuando la envió a un médico particular de Zaragoza ya era tarde. Todo sucedió muy rápido, un tiempo en el hospital y posteriormente a su casa de Grisel para morir en la cama de un cáncer de útero.

Mientras duró la enfermedad de su madre, Lidia bajaba de Grisel a Tarazona a por las medicinas que el médico recetaba a su madre, así fue una vez a la semana durante dos meses, hasta que murió Manuela.

Lidia, se enteró en la farmacia de Doña Francisca y que ahora regentaba su hijo Ramón Garcés, de la jubilación de la dependienta y que buscaban una persona joven para cubrir su hueco.

Lidia, se decidió a preguntar a Rafaela, la dependienta, los requisitos que se necesitaban para entrar a trabajar en la farmacia.

-Oiga, señora Rafaela, ¿qué se necesita para trabajar aquí?

-Pues mira hijica, lo primero ganas de trabajar, ser atenta con los que entran por esa puerta y caerle bien a Doña Francisca que es la que lleva la farmacia.

-¿Podría apuntarme? Pues estoy interesada en trabajar y como mi madre ha fallecido recientemente, quiero quedarme en casa, no quiero dejar sólo a mi padre en estos momentos.

-Mira hijica, tendrás que hablar con el señorito Ramón. Si esperas un poco está por llegar.

El señorito Ramón, como lo llamaba Rafaela, era un muchacho bien parecido, de semblante serio. Había estudiado farmacia en Madrid y había terminado la carrera hacía cinco meses. Su madre había previsto que él fuera el heredero de la farmacia cuando ella no pudiera hacerse cargo, pues no tenía ningún otro hijo.

-Buenas tardes, señorito Ramón, saludó Rafaela, mire aquí está esperándole esta muchacha con ánimo de hablar con usted.

-Hola, buenas tardes, señorito Ramón, saludó Lidia, quería hablar con usted sobre....

-Buenas tardes, pero de señorito Ramón nada, con Rafaela estoy acostumbrado porque lleva muchos años en la casa y me conoce desde que estaba en la cuna, sólo ella me llama así, soy Ramón a secas.

-Bien, quería preguntarle si hay alguna oportunidad para trabajar aquí. Yo estaría encantada, soy trabajadora, aunque reconozco que todo esto lo desconozco .Sólo quiero que me tengan en cuenta.

-Bueno, dime tus datos y te acercas el martes por la farmacia. Soy sincero, tengo una muchacha para hablar con ella también.

-De acuerdo, pues hasta el martes.

Pero Ramón ya lo había pensado, le había gustado Lidia, le pareció una muchacha educada, abierta, viva, y guapa; se había quedado hechizado con sus ojos. A la noche en la cena lo consultaba con su madre.

Mamá, he tomado una decisión acerca del puesto de Rafaela, ha venido una chica esta tarde y me ha parecido la indicada.

-Ramón, ¿pero has hablado con Ascensión? Sabes que es la hija de D. Alberto y quiero estar a bien con él, pues sabes la relación que tenemos los farmacéuticos con los médicos.

-De acuerdo mamá, contestó Ramón, haré lo que me digas, hablaré con la hija de D. Alberto.

El martes Lidia bajó a Tarazona y se acercó a la farmacia.

-Buenas tardes Rafaela, está el señorito Ramón?

-Espera un momento que ahora le llamo.

-¿Qué tal Lidia?

-Bien ¿y usted?

-De usted nada, eh. Bien, pues si estás dispuesta a trabajar en esto te vamos a dar una oportunidad. Había otra muchacha dispuesta pero ha enfermado y no podemos contar con ella, o sea que el puesto es tuyo.

-Gracias, muchas gracias, acertó a decir.

Estaba tan emocionada, había estado haciendo planes de lo que sería trabajar en un sitio así, le gustaba el olor a limpio, los frascos ordenados en las estanterías, los tarros de ungüentos, el ambiente fresco que se respiraba en aquella sala amplia y luminosa dónde se recibía al personal. Y le gustaba Ramón, su semblante sereno, sus ojos sinceros y su voz profunda.

Las primeras semanas subía y bajaba de Grisel a Tarazona por el atajo todos los días, pero poco después se decidió a coger una patrona para quedarse a dormir tres noches por semana y comer al mediodía.

Doña Francisca, la trataba bien, pero algo había en su mirada que demostraba desconfianza.

Lidia percibía esa frialdad, pero no sabía discernir porqué, sería su carácter.

Por las mañanas Doña Francisca se ausentaba para acudir a misa y charlar un rato, bien fuera con el médico D. Alberto, con el obispo, o con algunas de sus amigas.

Esas eran las mejores horas para Lidia, estaba a solas con Ramón el rato que les dejaban los clientes. Ramón le explicaba como mezclar pomadas, hacer fórmulas magistrales, le contaba el uso de los linimentos, de los ungüentos, y Lidia absorbía los conocimientos formando parte de su vida diaria.

A veces, charlaban acerca de la vida de los dos, Ramón le contaba de su estancia en Madrid, de la soledad lejos de casa, de la añoranza de Tarazona, y Lidia le contaba como pasaba el tiempo en Grisel, las dificultades económicas por las que no salió a estudiar, del amor a sus padres y del apego a su pueblo.

Poco a poco fueron tejiendo una red de palabras que los unía cada vez más.

Doña Francisca acudía por las tardes a la farmacia y no admitía charlas ni pausas. Le gustaba mantener la distancia.

Se acercaba el buen tiempo, ya era primavera y Lidia agradecía ahora el camino a Grisel, el Moncayo manteniendo todavía manchas de nieve, las violetas en el sendero, los tomillos floridos, los almendros, toda la vida surgiendo hacia su casa, las tardes más largas de luz. Una tarde Ramón se invitó a acompañarla.

Durante el camino charlaron y rieron con las anécdotas de Lidia en la farmacia, Lidia se sentía segura cuando oía reír a Ramón.

-¿Sabes? Me gusta levantarme cada día con la ilusión de trabajar. Es tan gratificante un trabajo que te guste.

-Para mí también lo es, me gusta mi trabajo como también me alegra que te sientas feliz, me gusta tu presencia y creo que aportas frescura a la farmacia.

Lidia se sentó al borde del sendero para quitarse unas piedrecillas que se le habían metido en el zapato. Ramón se sentó junto a ella, y poco a poco se fue acercando hombro con hombro y acertó a rozarle la mano apoyada en el suelo. Lidia se sobresaltó, pero no retiró la mano, esperaba que Ramón diera el

primer paso. Se mantuvieron así mirando el horizonte sin decir palabra. Ramón con ternura le ladeó la mejilla para tenerla frente a frente, luego se aproximó un poco más y le besó dulcemente en los labios, y los labios de Lidia se abrieron para recibirle, fue un beso largo, deseado, liberando toda la emoción que habían acumulado hasta el momento. Ramón le rodeó los hombros y le abrazó muy fuerte, Lidia se sintió amada, se soltó se liberó de ataduras fundiéndose en caricias con Ramón.

-Me gustas Lidia, me gustas mucho, te quiero, me gustaría que pasaras tu vida a mi lado.

-A mí también me gustas, me gustaría que así fuera.

Apenas había luz en el camino y Lidia se levantó presurosa.

-Tenemos que irnos Ramón, mi padre se impacientará.

Ramón pasó la tarde del domingo pensando en Lidia. Normalmente después de comer se sentaba a leer un poco debajo de la higuera del jardín, pero ese día no se concentraba, tenía que aclarar su cabeza, no estaba seguro de que su madre admitiera esa relación, tenía miedo. Se dispuso a escribir para aclarar sus ideas, pero aún así se sentía confuso.

El lunes amaneció ventoso, soplaba el cierzo y el sol no tenía fuerza suficiente para calentar la mañana.

Lidia bajó deprisa por el atajo mientras el cierzo se le metía hasta los huesos.

Cuando Ramón acudió a abrir la farmacia se encontró a Lidia muerta de frío en la puerta. Lidia sintió un escalofrío cuando le vió, y se sintió arropada cuando le oyó:

-Hola Lidia, buenos días y dijo más con los ojos que con las palabras.

-Buenos días Ramón, y le devolvió la mirada.

-Anda, pasemos dentro que el tiempo se ha vuelto frío. Mi madre está en cama con gripe.

La mañana transcurrió muy movida, incluso ajetreada en muchos momentos, pues por lo he visto casi todo el mundo había pillado un resfriado y no pararon de despachar medicamentos toda la mañana.

A la hora de comer Lidia se sentó cansada en la butaca de la farmacia. Ramón cuando la vió se acercó a ella posando las manos en sus hombros.

-¿Qué pasa Lidia? Me parece que tú también te has contagiado con algún virus.

-Tengo frío. Esta mañana se me ha metido el cierzo hasta dentro.

-Pues, tengo un remedio casero, el calor humano.

Y la abrazó con fuerza, la besó, le frotó la espalda , le posó las manos en los pechos bajando hasta el ombligo, acarició sus piernas hasta llegar a los pies, mientras Lidia temblaba de calor ahora. Besó a Ramón en el cuello, hundió los dedos en su cabeza mientras le susurraba que le quería. Ramón seguía por los muslos debajo de la falda y le hizo estremecer con un suspiro. Se amaron apasionadamente en la soledad de la farmacia al mediodía y estuvieron así, sin comer , hasta el momento de abrir la farmacia por la tarde.

Al día siguiente, Doña Francisca, seguía enferma y no acudió de nuevo a la farmacia. Lidia mandó recado a su patrona para advertirle que no iría a comer, y así volvieron a amarse al mediodía. Toda una semana pasaron, deseando que terminara la mañana, sintiéndose cómplices con su historia secreta.

La semana siguiente Doña Francisca se recuperó y aunque no pasaba toda la mañana allí, se acercaba a abrir y entraba cuando volvía de misa diaria, y cuando venía de tomar el café con sus amigas para recoger a Ramón a la hora de comer.

A Lidia se le hundía el mundo, sentía flojas las piernas cuando marchaba a casa de la patrona. La señora Ascensión la trataba con cariño, pero se sentía sola.

-Lidia, tenemos que tratar de vernos más a menudo, echo de menos nuestros momentos a solas. No puedo pensar más que en ti. Necesito tenerte entre mis brazos.

-Yo también te necesito. Supongo que podrías acompañarme mañana a Grisel.

A veces no podían decir más sin que algún paciente se acercara en busca de alguna medicina.

Ramón se ofreció para acompañarla a Grisel el día siguiente, pero para no levantar sospechas dijo a Doña Francisca que había quedado con Arturo, un amigo de la facultad que pasaba unos días en Torrellas.

Así fue sucediendo martes y viernes en los que Ramón acercaba en su coche a Lidia hasta Grisel, permitiéndoles estar a solas libremente.

-Tengo que enseñarte un día las casillas de pico. ¿Las conoces? Es muy agradable sentir el fresco dentro, el cobijo, la serenidad de piedra sobre piedra, dijo Lidia.

-Vamos ahora mismo, dijo Ramón.

Aparcó el coche, en una era a las afueras y subieron andando monte a través, pisando matojos, mientras iban dejando el pueblo abajo, sintiendo el aire que les transportaba el olor del campo a tomillo , caía el sol en una tarde calurosa.

Se amaron en la soledad de la casilla, y compartieron ese cobijo como si de su propia casa se tratara.

-Lidia, voy a decirle a mi madre lo de nuestra relación.

-Ramón, no sé, tal vez no sea el momento, pienso que tu madre no se lo va a tomar bien, siempre me parece que conmigo guarda las distancias.

-Pero ella es así, y ahora te ve como una empleada , pero cuando le diga que eres la mujer que quiero, la mujer con la que quiero compartir mi vida, te verá con otros ojos, todo es cuestión de tiempo.

-A mí me da la impresión que a tu madre le gustaría una mujer con más clase, con más estudios, igual me equivoco.

-Tú tienes más clase que cualquiera de las chicas que conozco. No tengas miedo. Hablaré con ella.

Mientras, en Tarazona, Doña Francisca, paseaba por la ribera del Queiles con sus amigas. Acertó a ver a Arturo, el amigo de Torrellas de Ramón.

-¿Qué tal Arturito? No te vemos tanto como antes. ¿ y tus padres?

-Bien, Doña Francisca. Mis padres van a venirse conmigo a Zaragoza, voy a montarme una farmacia allí.

-Siempre tan atento con tus padres.

Doña Francisca le presento a mi novia, Esperanza, es farmacéutica como yo y vamos a montar la farmacia a medias. Pensamos casarnos el verano próximo.

- ¡Qué alegría me das Arturito! A ver si Ramón se anima también y me da una sorpresa.

Pero la sorpresa había de recibirla de boca de Félix Zueco, alcalde de Grisel y con el que se encontró cuando éste venía en dirección contraria.

-¿Qué tal Doña Francisca? ¡ Cuánto tiempo sin coincidir!

-Pues bien de salud. Aunque vamos teniendo achaques. Por aquí respirando un poco el aire.

-Le iría bien venirse a Grisel, ya sabe que como está más alto, corre más el aire. Ramón lo debe saber bien, porque viene a menudo.

-¿Ramón? Pues no sé, tendrá que hacer alguna gestión por allí.

-Alguna gestión importante seguro, contestó con ironía el alcalde.

Cuando llegó Ramón a Tarazona ya era de noche. Se dispuso a cenar con su madre y aunque la notó un poco tensa no le dio importancia. Sirvió la cena Josefina, la criada que tenían de toda la vida y apenas estuvieron solos, Ramón se dispuso a hablar.

-Mamá, tengo que contarte algo.

-No Ramón, no me lo cuentes, ya imagino. Me he enterado de tus correrías por Grisel.

-Mamá, no son correrías, es algo serio.

-Ramón, te ruego no me interrumpas ahora. No tengo ganas de que esta relación prospere, no me gusta que te andes con esa chica. No esperaba que te liaras con la primera empleada que tienes a tu alcance. No es digno de ti. Ella no te merece y tú necesitas una persona de otro nivel , como el tuyo. No estoy dispuesta a tolerarlo.

-Mamá es una mujer de los pies a la cabeza. No digas tonterías. Lleva la farmacia bien, la gente la aprecia, es educada, no ha faltado al trabajo ningún día. Es verdad que no tiene estudios como tú desearías pero lo tiene todo.

-Estás absorbido por ella, no te das cuenta de nada, piensa con la cabeza. Tienes un negocio, eres un hombre respetable, puedes conseguir algo mejor, ella no tiene nada, es una mosquita muerta que ya imagino lo que quiere.

-Mamá no estoy absorbido, pienso en ella todo el tiempo, es verdad, pero porque la quiero. Tienes una imagen distorsionada de Lidia.

-Basta. No voy a hablar de este asunto. Me duele la cabeza y me voy a la cama.

Ramón no pegó ojo durante toda la noche, había de resolver este asunto, no podía dejar que se esfumaran sus sueños. Estaba de acuerdo con su madre que su vida estaba en la farmacia, pero bien podía compaginarlo teniendo a la mujer que amaba, Al día siguiente volvería a pasar el tema, para meterla en razón.

Doña Francisca pasaba ahora toda la mañana en la farmacia, y había tomado la decisión de buscar una sustituta a Lidia y acabar por todas de raíz con la relación.

Lidia por su parte se sentía triste, pasaban los días monótonos y no sabía como actuar. Ramón le había dicho en un momento a solas que su madre estaba un poco alterada y era por eso por lo que pasaba las mañanas en la farmacia, seguramente le dijo sería alguna discusión con sus amigas. Lidia sabía en su interior que Doña Francisca la rechazaba, lo veía con sus propios ojos cuando a la hora de llegar una receta Doña Francisca se adelantaba para recibir ella al paciente. En poco tiempo tuvo la certeza de que la quería despedir. En la negrura de la noche lloraba. Ramón apenas le hacía un guiño con los ojos pero no había forma de estar a solas. Por las tardes le buscaba a Ramón alguna ocupación para que la llevara a hacer algún recado. Así fueron transcurriendo los días hasta que un domingo Ramón subió a Grisel. Llegó a casa de Lidia, una sencilla casa de fachada encalada rodeada de macetas y una parra subiendo por la pared. Llamó a la puerta y salió a abrir el padre de Lidia, un hombre de estatura media, y piel morena curtida por el sol, vestía una camisa de cuadros, un pantalón azulón gastado y unas simples abarcas, un hombre de campo.

-Buenas tardes ¿ Qué desea? Preguntó llanamente José, el padre de Lidia.

-Buenas tardes, soy Ramón, de la farmacia de Tarazona. Quería hablar con Lidia.

-Pues ahora no está. Si quiere pasar, iré a buscarla , está en casa de su amiga Isabel.

Ramón se quedó sólo en la casa repasando poco a poco los objetos que veía, ahí en la cocina que servía de sala de estar estaba el fuego con su campana de chimenea antigua, a sus lados dos bancos de madera encuadraban una enorme plancha, la lumbre encendida, y colgados un candil,

unas tenazas y un badil en un costado. Al fuego un puchero de porcelana granate que despedía un vapor delicioso. Debajo de la ventana que daba a la calle una mesa blanca y cuatro sillas de anea. En una jaula colgada al lado cantaba una pequeña cardelina. Le gustó el ambiente sencillo y acogedor de la estancia aunque se sintió extraño y notó la diferencia con su casa. Al momento llegó Lidia sin su padre.

-Hola Ramón, ¿ Pasa algo? Preguntó un poco azorada.

-No, nada. Quería hablar contigo a solas. No quiero engañarte y además me temo que no puedo, hablé con mi madre, no le pareció bien lo nuestro. Ahora es así pero estoy convencido que poco a poco irá cambiando de opinión.

-Ramón, no voy a ponerme entre tu madre y tú. Me duele pero no creo que vaya a cambiar de idea, no sé si hay alguna posibilidad hablando con ella pero su actitud hacia mí es distante y de total indiferencia.

Lidia se acercó al fuego, Ramón se acercó y la atrajo hacia sí. Lidia tenía lágrimas en los ojos y se dejó abrazar. Ramón le cogió la cara con las dos manos y la besó en los labios y se llenaron la boca de palabras dulzonas.

Al despedirse en el portal ,Lidia sintió algo amargo en el estómago y tras verle marchar corrió a vomitar.

El lunes bajaba a Tarazona cuando sintió un mareo, se recostó en una ladera y respiró hondo. Veía el cielo claro despejado, el Moncayo alto y firme tras de sí, el verde agostado de la hierba, tenía calor aunque el día era fresco, sería que había desayunado poco pues no tenía gana esa mañana, no quería pensar otra cosa, pero el mes pasado no le había venido la regla y estaba asustada. Esta tarde acudiría al médico.

Ramón la saludó cariñoso y pasaron el día con Doña Francisca como venía siendo habitual.

Al mediodía, acudió al médico, éste preguntó a Lidia por sus hábitos de comida, si había tenido relaciones sexuales, le miró la tensión , le palpó y auscultó el vientre comentando que a primera vista no veía nada a no ser que estuviera embarazada. La citó para unos análisis.

A Lidia la palabra embarazada le cayó como un jarro de agua fría y se le atragantó en la boca.

Cuando en la siguiente visita el médico confirmó su diagnóstico, Lidia no sintió nada. Lo sabía. Llevaba un nudo en el estómago que no podía soltar y que duró hasta el nacimiento del bebé.

A la tarde acudió a la farmacia, Ramón no estaba, se había ido a una reunión de farmacéuticos y no volvería hasta muy tarde.

Doña Francisca estaba incluso amable con Lidia.

Ya era la hora de cerrar cuando se presentó una muchacha muy bien arreglada, vestía un traje de chaqueta de cuadros, unos zapatos de tacón bajo y parecía muy segura de sí misma.

-Buenas tardes Ángela, pasa hija estás como en tu casa.

-Buenas tardes Francisca. Muchas gracias por tu amabilidad.

-Ven Lidia, Voy a presentarte a Ángela, tu sustituta.

A Lidia se le hizo todo trizas, pero demostrando compostura y sin perder los nervios la saludó cortésmente.

Doña Francisca contó en tono de confidencia:

-Ángela es farmacéutica, hija de unos amigos de toda la vida y tiene una excelente relación con mi hijo desde que eran chiquitines.

-Bueno, Doña Francisca, pues yo ya he cumplido. Me voy.

-Espera, aún tengo que pagarte el mes que estamos.

Pero Lidia no oyó estas palabras, salió de la farmacia acelerada y marchó a la pensión. Se tumbó en la cama y lloró hasta que los ojos no le dieron más lágrimas.

A la mañana siguiente salió hacia Grisel, hacia su pueblo, hacia casa con su padre, decidida a no saber nada más de Ramón. Ella tenía derecho a elegir y había decidido volver a su pueblo.

Doña Francisca le contó a Ramón que Lidia se había marchado sin dar explicación .

Por la tarde Ramón subió a Grisel , quería ver a Lidia.

-Lidia no está en esta casa, se ha marchado esta mañana a Barcelona con una hermana mía. No ha dicho más.

-Pero ,¿ usted sabe qué le ha pasado? No puedo creer que se haya ido de repente.

Y el padre de Lidia , advertido para que no contara su paradero, le dijo que sólo sabía eso.

Ramón preguntó a conocidos de Grisel, pero no sabían de Lidia.

Los siguientes meses Lidia no salió de casa, nadie sabía que estaba en Grisel excepto su amiga Isabel, su paño de lágrimas y la persona que le ayudaba a desahogarse.

Lidia dio a luz un niño en marzo. La primavera le traía de nuevo la ilusión, había pasado el invierno. Ahora después de enterarse la gente de la noticia se decidió a salir de casa.

Ramón se enteró también y acudió a casa de Lidia.

-Lidia, llamo casi gritando Ramón. Lidia por favor ábreme. Necesito verte.

-Hola Ramón. Después de tanto tiempo, me alegro de tu visita.

-Lidia, déjame pasar, no son cosas de hablar en la calle. ¿Por qué no me lo dijiste?,
le dijo ya dentro de la casa.

-Ramón, no era el mejor momento para mí, tu madre me despidió el mismo día que me enteré que estaba esperando un niño, sabes que tu madre no me acepta, y tú...tu farmacia es tu vida y yo no pinto nada.

-¿Cómo que no es nada mío. Es mi hijo Lidia, la farmacia es mi vida, lo que pasa es que mientras viva mi madre, es ella quien la gobierna, siempre ha llevado la batuta. Puede que ahora un nieto cambie un poco su proceder.

-Ramón, estoy muy dolida, tendrás aquí a tu hijo para verle cuando quieras.

Y le acompañó hasta un pequeño cuartito donde estaba la cuna con el pequeño.

-¿Cómo se llama?

-José como mi padre y Ramón como tú. Puedes cogerlo, es tan tuyo como mío.

Ramón sintió una infinita paz cuando lo tuvo entre los brazos.

-Lidia, pase lo que pase, siento que somos una familia, no lo olvides. Para mí no habrá una mujer que ocupe tu lugar.

-José Ramón vivió una infancia feliz. Fue un niño gordito y dulce al que todos los vecinos decían cosas al verle. Fue un niño curioso conforme iba creciendo, sentía gran entusiasmo por los bichos, recogía todos los animales que encontraba en los caminos, ya fueran lombrices, hormigas, mariposas o

incluso saltamontes que capturaba con su caza mariposas. Disfrutaba de paseos en el burro de Valeriano, un vecino con el que le gustaba marchar al huerto en las tardes de verano, salía al campo frecuentemente con Lidia, algunas veces subían al Moncayo donde J. Ramón cogía semillas para plantar en las macetas de la casa, y buscaba babosas que luego metía en una caja de zapatos para observarlas. Lidia disfrutaba con él, le hablaba de su infancia, le contaba cosas de los abuelos y J. Ramón absorbía las pequeñas historias de su pueblo mientras paseaban a la sombra de las hayas, los robles, los acebos y los pinos del Moncayo.

Lidia tenía 25 años cuando su padre murió, pacíficamente, como había vivido, sin hacer ruido. Se le marchaba una parte de la familia, su padre que había compartido casa y comida con ella.

Ramón subía de visita una vez a la semana y Lidia compartía con él las inquietudes en cuanto a J. Ramón.

Era el día siguiente del entierro cuando Ramón se presentó en casa de Lidia. Lidia estaba regando las macetas del portal, y se sobresaltó. Las ojeras marcadas le daban un aire melancólico, delgada y con el pelo recogido en una coleta, tenía un porte elegante.

-Lidia. Vengo a expresarte mi dolor y mis sentimientos.

-Gracias. Dijo Lidia emocionada sin apenas poder contener la emoción.

-¿ Podemos hablar un poco?

-Vamos, pasa dentro, estaremos más tranquilos.

-¿ Qué piensas hacer ahora? Preguntó Ramón.

-¿Qué me quieres decir?.¿ Si va a cambiar algo?. Pues no. Esta es mi casa. ¿ y la tuya?, ¿cuál es?

-Lidia a mi madre no le importaría que vinieras a vivir con nosotros, es más está deseando ver a su nieto a diario.¿Sabes que tiene su foto en la mesilla de noche? Todos los.....

Pero Lidia no le dejó terminar la frase.

-Si quiere ver a José Ramón lo puede ver con tranquilidad, ya sabe donde estamos.

-Lidia, José Ramón va a cumplir diez años, en Tarazona tendría más facilidades, y tú tendrías más posibilidades de trabajo, hay más oportunidades, sería más cómodo para los dos.

-Ramón, ésta es mi casa, es mi pueblo, mi gente, cuando necesito algo bajo y vuelvo a subir. Tú tienes tu casa, tu madre, ella quiere a su nieto, no me quiere a mí, y te soy sincera no quiero estar cerca de ella.

-Lidia, he estado ahorrando algún dinero para nosotros, no has contado conmigo hasta ahora, quiero entregarte este dinero para que no necesites nada más, si es tu deseo vivir aquí hazlo, pero por favor acepta esto ya que ahora no está tu padre para ayudarte. Voy a pasarte mensualmente una paga.

-Invertiré este dinero para que José Ramón tenga la posibilidad de labrarse un futuro, si quiere estudiar una carrera que pueda hacerlo sin apuros.

Ramón siguió subiendo a Grisel, ahora dos veces por semana a ver a Lidia, paseaban pegado uno al otro como dos eternos enamorados, su lugar preferido era el camino que conduce al pozo los aines, allí en los chopos al pie de la acequia se sentaban en el suelo y con el rumor del agua corriendo tras de ellos pasaban cuenta de los días anteriores .

José Ramón había crecido con las ganas de ser veterinario, pero en el momento de elegir estudios, sintió la vocación de medicina. Sacaba buenas notas y su madre le apoyó en la idea de irse a Zaragoza a buscar una residencia para estudiar en la universidad. Eligió ginecología y comenzó a trabajar muy pronto pues le salió una oferta muy buena de un profesor suyo que se jubilaba. Acudía a Grisel los fines de semana que tenía libres, a veces era Lidia la que se trasladaba a Zaragoza a verle y otras era Ramón quien lo traía y lo llevaba de Grisel a Zaragoza.

Al poco tiempo José Ramón acudió al pueblo con Aurora, una muchacha abierta y cariñosa con la que había coincidido en la facultad, llevaban cinco meses saliendo juntos .

-Mamá quiero casarme con Aurora. ¿Qué te parece?

-Prenda mía, ¡Qué alegría me das! Me parece una chica estupenda, os veo felices, nunca pondría trabas a tu libertad de elección, ojalá sigáis juntos toda la vida. Envidio vuestra felicidad.

-La boda se celebró al año siguiente. Ramón y Lidia se sentaron juntos en el mismo banco y a la hora de la paz Ramón enlazó su mano a la de Lidia y la pretó bien fuerte para que no la soltara. No se separaron en toda la ceremonia. Doña Francisca estaba sentada en el banco de atrás y asistió a la escena bajando la cabeza.

Lidia no se había encontrado con Doña Francisca desde hacía muchos años, y cuando se saludaron lo hicieron fríamente como viejas enemigas de antaño.

Fue la última salida que hizo Doña Francisca, tres semanas después moría de una neumonía a la edad de 75 años.

Ramón visitó a Lidia dos días después de la muerte de Doña Francisca.

-Lidia, quiero vivir contigo. Ya no hay nada que lo impida. Si quieres que vivamos en Grisel, lo haremos, tú estás sola, yo también, cada día acuso más tu ausencia de mi lado. Podemos arreglar la casa, hacernos un jardín en la parte de atrás, quiero hacer planes contigo, tengo 48 años, tú 42 , aún tenemos tiempo para disfrutar .

Lidia se quedó pensativa. Había pensado esa posibilidad, había deseado que Ramón lo expusiera y ahora sentía dudas.

-Ramón, no quiero engañarte, siento dudas, me he acostumbrado a la soledad, me he sentido marginada, otras veces fracasada, me he hecho más fuerte aunque he renunciado a muchas cosas. No sé si sabré vivir en pareja.

-No tengas miedo . Sólo déjate llevar. Prometo hacerte feliz. Nos queremos y eso puede con los miedos.

-Eso, tendría que haber podido con los miedos, tendría que haber bastado. No quiero culparte ahora. Yo también tengo culpa. No es momento de mirar atrás, vamos hacia delante.

Fueron unos años llenos, disfrutaron juntos en la madurez lo que no habían conseguido en la juventud. Hicieron viajes, arreglaron la casa, salían a cenar, iban a bailar, vivieron plenamente.

-Lidia, tienes mala cara. ¿Te ocurre algo?

-Me encuentro cansada, me duelen los ovarios, puede que sea la menopausia.

-Oye, consúltale a José ramón, ahora hay tratamientos con estrógenos que te pueden ayudar a pasarlo de otra manera.

De acuerdo mañana mismo le llamaré.

Pero Lidia, aún tardó unos días en llamar, esperaba que se le fueran pasando los dolores, pero el dolor no remitía.

Ramón habló con su hijo del tema y pidió una cita para el día siguiente.

A Lidia le daba cierto pudor, no acostumbraba a hablar de estos temas con su hijo y a responder a preguntas íntimas. Luego mientras se disponía a auscultarla, Lidia le miraba hacer, su semblante sereno, su seriedad, su profesionalidad. Era su hijo quien le infundía respeto. Su niño, su vida. Se sentía orgullosa.

-Mamá, vas a tener que quedarte conmigo unos días, pues tengo que hacerte algunas pruebas.

-Tú eres el que mandas ahora. Pero quiero que cualquier cosa que veas me la digas.

-Mamá tengo que hacerte las pruebas antes de darte un diagnóstico seguro. De momento te diré que no estoy contento con lo que he visto y dado tus antecedentes estoy preocupado.

Lidia tenía cáncer de ovarios como su madre. José Ramón hizo todo lo que pudo por ella mientras duró la enfermedad, y Lidia pasó cuatro meses en el hospital.

-José Ramón, prenda mía, no quiero morir aquí. Llévame a Grisel, quiero descansar en mi pueblo.

-Se hará como tú quieras, pero aquí tienes a tu alcance más remedios para no sufrir tanto, podrías esperar al buen tiempo.

-Y ¿De qué me sirve?. Prefiero lo poco pero intenso que lo mucho sin emociones. Así veo la vida.

-Mañana te preparamos para tu vuelta a casa. Te daré unos calmantes para que no te duela nada. El sábado iremos a Grisel Aurora y yo y te mimaremos un poco, no creas que no me acuerdo, es tu cumpleaños.

Lidia se sintió mejor apenas vio el Moncayo nevado desde la ambulancia. Habían caído ya las primeras nieves y estaba precioso. Se emocionó, y mirando a Ramón le dijo:

-Ya estoy en casa.

El sábado José Ramón y Aurora llegaron sobre la hora de comer. Lidia estaba inclinada frente al fuego en una vieja mecedora, mientras sonaba Chopin en el equipo de música, tenía la tez pálida y unas oscuras ojeras, pero a pesar de esto saludó animada.

En la comida apenas probó bocado. Ramón había hecho una sopa de fideos y unas costillicas de ternasco a la brasa, lo que Lidia había pedido, pero estaba sin gana.

Mamá, Aurora y yo tenemos que decirte una cosa. Vas a ser abuela. Este es tu regalo de cumpleaños.

-¿Me vais a hacer abuela tan joven? Ramón, tú tienes más canas que yo. Tú vas a ser un abuelo estupendo.

Ramón entendió a la primera lo que significaba aquella frase.

Después de la comida Lidia se tumbó cansada en la cama. Cuando José Ramón entró a ver si descansaba, Lidia abrió los ojos.

-La vida se consume como una vela, prenda mía. La mía se apaga ya, pero se enciende otra vela. Háblale a tu hijo de su abuela, prenda mía.

Lidia murió en los brazos de su hijo un veinticuatro de noviembre del 2005 a la edad de 50 años, dejando una estela de recuerdos imborrables en la soledad de su casa de Grisela.

A la noche, Ramón escribió una carta de despedida para ponerla junto a Lidia.

*Amores de un enamorado con la luna
Piensa la luna que los versos son hacia ella
Por eso alguna vez se ruboriza
Cuando canto hacia arriba
Se van cayendo estrellas.
Mi vida por un beso
Un beso en la sombra de esta noche.
Muy cerca tenemos el mismo cielo
Ojalá me traiga un lucero
El aroma dulzón de tus palabras.
Para ti, Lidia en el día de tu cumpleaños.*

Tarazona , 15 Mayo 2006.